

Como aquellos filósofos antiguos, Thibon se expresó en gran medida en aforismos y proverbios que resumen en golpes de luz tanto las miserias y luchas íntimas del hombre contemporáneo como la enfermedad radical que aqueja a la sociedad democrática moderna. En su condición de católico y monárquico, me honro en considerarlo como uno de mis más inmediatos maestros, y creo que así lo considera también la revista *VERBO* y quienes la hacen. Por más que no le hayan seguido hasta su final lógico en su crítica al progresismo en la Iglesia de hoy, cuyos frutos envenenados son más visibles que nunca.

Entre sus libros, dos de ellos sugieren en sus artículos la intencionalidad profunda de su obra: *Diagnósticos* (Ensayo de fisiología social), 1940, y *Retorno a lo real* (1943). Otros títulos de gran audiencia han sido *La Escala de Jacob* (1942) y *Destino del Hombre* (1941). Cuando en 1968 publiqué mi libro *El silencio de Dios*, Thibon honró sus páginas con un profundo y esclarecedor prólogo (Edit. "Criterio Libros", Madrid). La última década del siglo conoció la aparición de *En el ocaso de mi vida* (1993) y *La ilusión fecunda* (1995). Mucho antes, en 1955, había publicado una novela de anticipación en forma de pieza teatral irrepresentable (*Sereis como dioses*) que en muchos aspectos es ya una adivinación profética impresionante. Sobre la trama de una hipotética extinción de la religión en Occidente, describe Thibon su milagroso despertar en la sensibilidad y la mente de una mujer (Lib. Arthème Fayard, París).

Quic Dios tenga en la luz de su gloria a este espíritu luminoso sediento de Verdad y de Bien.

RAFAEL GAMBRA

EL SIGNO DE GUSTAVE THIBON

No era Gustave Thibon hombre al que cuadraran los estereotipos, personales o culturales. Por lo que no resulta fácil, en su muerte, a los noventa y siete años, en la campaña provenzal

de Saint-Marcel-d'Ardèche, trazar su perfil. Dificultad parcialmente allanada en cambio por la continuidad en sus fidelidades, a sí mismo y a una tradición católica raigadamente campesina que no resulta fácil de aquilatar por quienes manejan las catalogaciones, galardones y anatemas de las repúblicas literaria y filosófica hodiernas. Los escollos, pues, no se levantan por versatilidades y adaptaciones, naturales por lo demás en una larga y siempre activa ejecutoria, historia de las variaciones que en el caso que nos ocupa resulta paladinamente innecesaria por ausencia de éstas; vienen más bien de la originalidad y autenticidad que se escapan —por más que busquemos asirnos a sus sombras— de los achamamientos presentes. Sus propias memorias, en diálogo con la escritora Danièle Masson, *Au soir de ma vie*, estampadas ciertamente en el atardecer, en 1993, resultan por ello ligeramente insulsas respecto de tantos vigorosos perfiles dispersos aquí y allá entre páginas en buena medida menos aforísticas que deliberadamente fragmentarias, teselas que obligan al lector a encajarlas en un bastidor implícito y omnipresente al tiempo, según un puntillismo cuya palingenesia viene dificultada por la distancia de las pinceladas, aunque posible por el fondo siempre nuevo y siempre distinto, repetición diferente de lo mismo.

Como en la vida verdadera hay un punzante deseo de soledad, y en la soledad un clamor urgente de vida, que los buenos y grandes maestros —de atalaya en atalaya— nos ayudan a vislumbrar, solidarios todos entre sí a la hora de fomentar la ineludible comunidad humana y de transformar la estructura de pecado que marca a las sociedades y que, por cierto, no deja de contar con obstinados valedores. Así, yacen con pasión en el Thibon retraído la alegría y las danzas de los niños y el vino de los hombres. Es el signo del tradicionalismo medular, esencial, de buena ley. Pues la tradición, con su idea de transmitir —pues no en vano viene de *tradere*, entregar— lo útil y meritorio de cada época a la siguiente, con una selección que, a fuer de la del vigor de los hechos, es también la de su enjuiciamiento ético, no sólo no es contraria al progreso sino que es de suyo su presupuesto necesario, al punto de constituir la entraña misma de lo católico, constante encarnación de lo eterno en lo contingente, de lo varia-

ble en lo que sucede. Perennidad que se advierte por doquier en las tan aireadas y trascendentales relaciones entre inteligencia y fe, naturaleza y gracia, ser y tiempo, historia y libertad, que el pensamiento moderno, de matriz protestante, se empeña en escindir y que en el orbe católico alcanzan una comprensión más universal, luminosa, inteligente y alegre de los imponderables de la vida.

Gustave Thibon, a quien se llamó "el filósofo campesino", con intención mal que bien devaluadora, y que recibió a lo largo de su vida los grandes premios franceses de literatura y filosofía, pertenecía al gremio de los escritores sin pretensiones y piadosos, serenos y arraigados, auténticos. De la raza del mejor Pascal, libre de jansenismos, y de Péguy, el debelador del mundo moderno, abrió también ricos veneros en la interpretación de Nietzsche. Cantó la tierra y la naturaleza, que a veces es madrastra, y el amor humano, en que la carne y el alma se funden. Gabriel Marcel, modelo de existencialistas cristianos, prologó uno de sus primeros libros, los célebres *Diagnósticos* (1940), precioso ensayo de filosofía social, que se vertieron a nuestra lengua con unas líneas medidas de Rafael Gambra, a quien retribuyó prologando años después su impagable *El silencio de Dios*. Fue amigo de la escritora judía Simone Weil —algunos de cuyos textos editó— y de Maurras, al que siempre fue fiel, y del que conservó inmarchita admiración por la pasión lógica —pese a ser él un intuitivo—, el cultivo de la lengua y la monarquía tradicional. Hombre sin aristas, defendió en cambio con vigor las empresas del ultramontano francés en las agrias luchas antimodernistas, con su secuencia antiprogresista. Así, Vichy, la Argelia francesa o monseñor Lefebvre bullen por entre sus vivencias con un sello diferente *per diametrum* del que hoy se exalta en los círculos bienpensantes. Le recuerdo en algunas reuniones militantes, con sus años auestas pero la dignidad enhiesta, siempre interesado y apasionado por nuestra España. Y le veo con su boina y su cigarrillo, tímido e irónico, natural. Y le imagino en su tierra natal y en la que —según creo— ha muerto, cerca de donde se alza la abadía benedictina de Santa María Magdalena, de cuyo abad —como quien esto escribe, que pasa allí la semana santa y otros

períodos de feliz recordación— era amigo, y que entre vides, almendros y olivos cultivaba la liturgia y la disciplina católicas de siempre. Y repaso, de su último libro, *L'illustron féconde*, de 1995, que —a diferencia de buena parte de los anteriores— ya no se tradujo al castellano, el elogio del fracaso, del fracaso aparente e inmediato, cierto, que no es sino una exhortación a la perseverancia. No conocemos sino al envés del tapiz de nuestra vida. El haz sólo lo ve Dios.

MIGUEL AYUSO